

NIÑOS DE LA BIBLIA.



ANANIAS, AZARIAS Y MISAEI.

XXX.

ANANIAS, AZARIAS Y MISAEI.

En el campo de Dura en la provincia de Babilonia y no lejos de esta opulenta ciudad, descubriase en eminente sitio colocada una resplandeciente y colosal estatua, toda de oro macizo, y representando, aunque toscamente, las facciones, actitud y trage del tan poderoso como temido rey Nabucodonosor. Inmensa muchedumbre rodeaba

Junio de 1849.

esta estatua, cubriendo toda la campiña, ofreciendo tan singular como extraño espectáculo la confusa mezcla de trages, colores y distintivos de los numerosos vasallos del rey de Babilonia. Notables tambien eran por su oriental riqueza los vestidos de los sátrapas y gobernadores de las provincias, de los magistrados y jueces, de los prefectos y capitanes de las tropas y de todas las principales personas del reino, que en preferente sitio y cerca de la estatua tambien se hallaban contemplándola. Todos estos magnates habian venido de las diversas pro-

Tomo III. 11

vincias, convocados por el rey Nabucodonosor y enviados al campo en que estaba levantada la estatua, para asistir á su dedicacion. Esperábase de un momento á otro esta solemne ceremonia: una estrepitosa orquesta de raros, pero no discordantes instrumentos, como salterios, citaras, fistulas, sambucas, trompetas y bocinas, ejecutaba varias sonatas características, pero llegó un instante en que enmudecieron todos los instrumentos músicos y la voz del pregon resonó en toda la campiña, sobre la numerosa asamblea.

—Pueblos, naciones y hombres de todas lenguas aquí congregados; en el momento en que de nuevo resuenen los instrumentos músicos, prosternaos en tierra y adorad la estatua de oro que ha erigido el rey Nabucodonosor... El que así no lo hiciere, será atado de pies y manos y arrojado en el acto en un horno de fuego ardiente.

Resonó en breve el conjunto de los sonoros instrumentos y en el instante mismo y sin titubear los sátrapas, gobernadores, magistrados, jueces, capitanes, hombres de todas clases y condiciones que allí estaban reunidos, se arrojaron á tierra y adoraron la estatua de oro, humildemente prosternados; pero ¡oh asombro, ¡oh profanacion! en medio de aquella multitud reverente descollaban tres personas de pie derecho, con la frente erguida y manifestando á las claras lo muy en poco que tenían á la venerada estatua y el desprecio que hacían de la turba que ante ella vilmente se prosternaba. Precisamente eran estas tres personas aquellas de que al parecer menos pudiera esperarse semejante conducta: eran tres jovencillos, casi unos niños, pertenecientes al cautivo y oprimido pueblo de Israel; llamábanse Ananías, Azarias y Misael y eran de aquellos seres privilegiados, como Daniel, en quienes, ni la mudanza del país, ni la educacion y costumbres de los asirios á que desde luego les acostumbraban, ni el traje y nombre que les habían mudado, ni los favores y dignidades que debían al rey Nabucodonosor, podían por un solo momento

hacerles olvidarse del Dios de sus padres, ni dejar de ser fieles al culto que le tributaban en el fondo de su corazón.

Llegó bien pronto á oídos de Nabucodonosor la relacion de aquella conducta, de que tan escandalizados quedaron todos los caldeos y el orgulloso y despótico monarca, ya inmutado con sola la noticia, mandó que inmediatamente compareciesen en su presencia Ananías, Azarias y Misael. Sin embargo, al verlos presentarse gustosos y con la serenidad pintada en su angelical semblante, refrenó por un momento su rabia y les preguntó:

—¿Es cierto, Ananías, Azarias, y Misael, que menospreciáis mi supremo mandato y que no adoráis la estatua de oro que he mandado erigir?

—Cierto es ¡oh rey! nosotros ni podemos, ni queremos adorar tu estatua de oro, ni dar culto á ninguno de tus dioses.

—Mis órdenes no se resisten impunemente, dijo Nabuco, y no os han de valer ni vuestra juventud, ni vuestra hermosura, ni los favores que de mí teneis recibidos.

A una indicacion del monarca, se precipitaron los formidables soldados de su guardia sobre los indefensos niños, á quienes no alteró en lo mas mínimo el verse apresados por aquellos hombres feroces.

—Mirad lo que respondeis, exclamó Nabucodonosor; si en el mismo instante en que oyeseis la señal de los instrumentos no adoráis mi estatua, vais á ser arrojados vivos y atados de pies y manos, en el horno encendido.

—Solo merece adoracion el Señor de cielo y tierra; el verdadero Dios á quien nosotros adoramos.

—¿Y quien es el Dios que os librará de mis manos? gritó Nabucodonosor enfurecido.

—El Dios de nuestros padres, á quien adoramos, puede ¡oh rey! libertarnos de tus manos, y sacarnos sanos y salvos del horno de fuego. Si esta no fuese su santa voluntad, la nuestra es sacrificarnos por él, confiando siempre en su proteccion divina.

—Llevadlos, dijo el rey, y arrojadlos atados en medio del horno, pero aumentad hasta siete veces la ardiente llama que mas pronto los consuma.

Que un pueblo agradecido erija estatuas para perpetuar la memoria de un buen monarca ó de un hombre á quien debe inmensos beneficios, y que aun en vida de estos hombres generosos, ya se les tributen aquellos testimonios públicos de agradecimiento y de honor, cosa era de que ya ofrecia ejemplos la historia; pero la insensata idea de levantar una estatua de si mismo, de esponerla al culto público y de obligar á todo un pueblo á su adoracion, solo podia ocurrirse al soberbio Nabucodonosor, cuyo arrogante orgullo y amor desordenado de si mismo merecieron despues del cielo tan ejemplar castigo. Solo el prestigio de las recientes victorias de Nabuco, solo su despotismo y el abuso que hizo de su autoridad, pudieron obligar á sus pueblos á un acto tan humillante, y á presenciari con mas terror que indignacion el bárbaro suplicio de los tres heróicos israelitas.

A vista, pues, del consternado pueblo y en el seno de aquella espantosa llama, fueron arrojados los tres mártires, sin que tratasen de hacer alguna resistencia ó de huir del peligro; confiados en el poder del Dios á quien adoraban y en su divino auxilio, que no les faltó por cierto en el momento del peligro. Al caer los jóvenes, se alzan y ensanchan las llamas con sordo y horrible crugido, destumbran, ofuscan á los satélites y verdugos del tirano, y los abrasan, ciñéndolos por todas partes con sus ardientes lazos. En tanto, Ananias, Azarias y Misael, rodeados de aquella gigantesca aureola, aparecen serenos é incolumnes en el centro de las llamas, iluminados con su fantástico resplandor. Ellos que cayeron atados de pies y manos, se mueven y giran libremente, y ni sus cabellos flotantes, ni sus luengos ropajes sufren la menor lesion. Para colmo de asombro, resuena en breve

su pura, serena y argentina voz, y en fervoroso coro entonan un cántico de entusiasta gratitud.

—«Benedicid al Señor todas sus obras; alabadle y ensalzadle por todos los siglos.

«Benedicidle, ángeles del cielo, virtudes del Señor, sol, luna y estrellas.

«Alabadle, espíritus y almas de los justos; santos y humildes de corazón.

«Benedicid al Señor, luz y tinieblas, noches y dias, vientos, lluvias, estaciones, mares, rios, montes, collados; animales y plantas que producís en la tierra, bendecid al Señor.»

Así recorren una por una en su cántico todas las maravillas de la creacion, haciéndolas concurrir al elogio de su soberano autor, y sus misteriosas voces hallan eco en cuantos absortos los contemplan y que á vista de tan palpable testimonio de la omnipotencia, rinden tambien homenaje de secreta veneracion á quien en favor de los jóvenes ha sabido operar aquel prodigio. Solo Nabuco, cuando llega á saberle, se irrita mas y mas, y ciego de furor viene á ver si es cierto lo que le dicen. El triunfo de los tres jóvenes le espanta, pero no abate todavia su orgullo; los llama, y ellos acuden hácia él con la sonrisa en los labios. Duda todavia que resolucion tomar, cuando advierte la actitud de los muchísimos caldeos que han presenciado la escena, y adivina la aversion que su crueldad está inspirando. Nota que su terrenal grandeza está en aquel momento anonadada ante aquella brillante muestra de la magestad divina, y hasta llegan á sus oidos las aclamaciones con que algunos de su pueblo, interesados por Azarias, Ananias y Misael, ensalzan al Dios de estos tres jóvenes. Entonces el tirano se estremece, tiembla por si mismo, y alaba, mal de su grado al Dios de Israel, tolera su culto, y hasta impone severas penas al que se atreviere á profanar su santo nombre.

F. F. VILLABRILLE.

HISTORIA DE ESPAÑA RECREATIVA.

XIII.

SISEBUTO.

REGARDO II. — SISEBUTO.

Por muerte de Gundemaro sucedió Sisebuto al trono vacante, á cuya elección prestaron unánime consentimiento los estados de España, y no desmintió el nuevo soberano con sus acciones los buenos presentimientos que de él tuvieron sus vasallos al adornar su frente con la diadema de la monarquía goda. Con efecto, fué rey superior á los dos que le habían precedido, tanto en paz como en guerra; en esta consiguió muy señaladas victorias, lo mismo cuando peleaba contra los insurrectos vascongados, que cuando marchaba contra los ambiciosos imperiales, pues logró sujetar á los primeros, y espulsó á los segundos de las fortalezas mas importantes que poseían, y lo que es mas aun, los dejó en tan mal estado, y fué tan sólida la empresa de su justa conquista, que los imperiales perdieron enteramente la esperanza de volver á ocupar sus posesiones.

Sin embargo, no es este el único timbre que enaltece su trono; otros hechos á mas de los indicados añaden nuevo lustre á la série de sus gloriosas acciones, pues hermanaban con él la heroicidad y la clemencia; prudente y sagaz en aprovecharse de la victoria, era á la vez justo y compasivo con el contrario vencido, al cual daba cuartel en vez de aceptar el degüello de los prisioneros con que solían sus antecesores coronar el triunfo de la victoria; costumbre cruel, que simboliza la barbarie de aquellos tiempos y presenta á Sisebuto como el soberano mas cle-

mente de la soberanía de los godos. Condoliase de los heridos, mandábalos curar, aun cuando fuesen enemigos suyos, y con su propio dinero remediaba en lo posible los daños que ocasionaban sus tropas; por último, cuando sitiaba alguna ciudad y se proponía dar el asalto, solía este ir precedido del siguiente pregon: «Manda Sisebuto, soberano y señor de godos, nobles y plebeyos, que los moradores de esta población sitiada, se rindan á su verdadero rey; su clemencia es harta, y perdona á sus contrarios, los ampara y los protege. Mucho será su dolor, si despues de esta intimacion permanecen obstinados en defender su injusta causa, pues no podrá impedir en este caso, que los rebeldes esperimenten los desastrosos efectos de la guerra. — ¡Viva Sisebuto rey de los godos!»

¡Raro fenómeno entre las testas coronadas de aquellos tiempos! ¡Rara conducta que bastaria para hacer el elogio de cualquiera de los héroes de nuestra historia contemporánea, en cuyas páginas observamos hechos mas dignos de época tan remota, que de la nuestra llamada civilizada, ó civilizadora!

No obstante, es muy comun ver en la tierra, que seres, cuya laudable conducta nos admira y entusiasmo, presentan rasgos contradictorios que desvirtuan, hasta cierto punto, las buenas prendas de su natural bondadoso y clemente. Este mismo rey que daba tanta latitud á sus instintos humanitarios con respecto á sus enemigos políticos, desplegó el rigor mas inusitado, con los que no profesaban su misma religion. Llevado de una escesiva piedad hacia el catolicismo publicó un edicto contra los judios que habitaban en sus reinos, en el que no les dejaba alterna-

tiva entre ser bautizados, ó llevar azotes y perder completamente sus bienes. Ochenta mil de estos infelices, cuenta la historia, que se redujeron á la fé católica, y aunque en público observaban los mismos ritos de los cristianos, en secreto blasfemaban nuestra iglesia, por lo cual, conoció Sisebuto, aunque tarde, las fatales consecuencias de su equivocado celo por la cristiandad, donde la persuasión hace mas prosélitos que la violencia y el castigo, y á cuyo primer recurso nos mandó apelar el mismo Jesucristo, para simbolizar sin duda la mansedumbre de nuestras creencias.

Para evitar tamaños males, dispuso, muy cuerdatamente el cuarto concilio toledano, que no se administrasen los sacramentos á los que no se presentasen á recibirlos con buena voluntad.

Antes de finar la historia de este rey memorable, diremos que mandó construir una armada naval para la defensa de su territorio, y para adiestrar á sus gentes en la marina; pensamiento grandioso, y con el que se honraria cualquiera de nuestros modernos magnates. Sisebuto, destinado á aparecer como el hombre mas notable de su siglo; refieren las crónicas, que fué algo literato, que entendia el latin, y que de él se conservan algunas cartas en dicho idioma; tambien atribuyen á este monarca haber ceñido de murallas la ciudad de Evora. Reinó ocho años y seis meses, al cabo de cuyo tiempo falleció, esto es, en 621, no faltando historiadores que hayan creído que su muerte fué ocasionada por un veneno que le dieron, bajo pretexto de una purga para que se mejorase de sus dolencias; pero tampoco faltan escritores que desmientan semejante atentado.

A este monarca le sucedió su hijo Recaredo II, «si se puede llamar sucesor suyo dice un escritor, el que pasando casi desde la cuna al trono, y desde el trono al sepulcro, con solo tres meses de reinado, equivocó el brizo, y el salió con la sepultura.»

El inmediato sucesor de Recaredo II fué Suintila, soberano que subió al sôlio por la unánime aclamacion de los

pueblos. Suintila, ofrece un maravilloso contraste durante los dos periodos de su mando; en el primero, le vemos animoso, prudente y caritativo con los necesitados, á punto de haber recibido el honroso dictado de *padre de los pobres*, y en el segundo, negligente, cruel y vicioso, á punto de crearse el ódio de los mismos que le habian elevado con manifestaciones de tanto júbilo. Sus virtudes prosperaron en los rudos azares de la guerra, y se marchitaron en el blando regalo de la corte.

Los navarros, luego que supieron la muerte de Sisebuto y Recaredo, creyendo tal vez, que el sucesor de estos dos monarcas no aventajaria á sus antecesores en las dotes militares que poseian, alzaron de nuevo el grito de rebeldia y pusieron á sangre y fuego las tierras de la provincia tarraconense; pero Suintila se colocó al momento á la cabeza de un fuerte y numeroso ejército y acudió con presteza hacia la parte donde bullian los revoltosos con visibles intentos de lograr pacificarlos á todo precio. Con efecto no tuvo necesidad de emplear con los navarros todo el peso de su rigor, pues sin empeñarse en grandes luchas consiguió reducirlos á la obediencia en poco tiempo.

Con el objeto de que en adelante no reprodujesen las mismas escenas, llamó al que hacia cabeza de la sedición, de nombre Trasalgo, y entre otras cosas le dijo lo siguiente cuando le tuvo en su presencia.

—Trasalgo; quiero darte una prueba harto visible de mi generosidad; la primer cabeza que debe cortar el hacha del verdugo es la tuya, como fautor indomable de tan frecuentes rebeldias; pero es mi voluntad que tus hombres la sostengan, á fin de que conozcan tus parciales de que modo se vengán los reyes ofendidos. No obstante, tu crimen ha sido grande y no puede por lo tanto quedar sin castigo: mando que á vuestra costa se edifique una ciudad, que sirva de baluarte y os enfrene.

Este fué el castigo impuesto por Suintila á sus revoltosos enemigos;

construyóse la ciudad en breve espacio, y pusieronla por nombre Ologito, y es la que en la actualidad lleva el de Olite.

Viendo Suintila la completa sumision de los vascongados, pensó en llevar á cabo una de aquellas empresas, que por su importancia escesiva, intentaron en valde los anteriores reyes godos, y fué la de espulsar completamente á los imperiales de los dominios de España. Continuaban estos ocupando las provincias meridionales y occidentales de nuestro vasto territorio, tenían ademas la gran ventaja, de que siendo dueños del Africa, sacaban á menudo de ella refuerzos considerables, y con sus escuadras, harto superiores á las de los godos, cubrían impunemente las costas de Portugal y Andalucía.

Era Suintila demasiado previsor, demasiado cauto para conocer que con semejantes vecinos no podría nunca dar á su nacion una paz duradera y estable, y por consecuencia alimentó en su ánimo la patriótica idea de lanzarlos de sus dominios. Juntó para el efecto el mayor número de tropas posible, buscó inmediatamente á los imperiales, presentóles la batalla, y consiguió una victoria tan completa, que dejó sin tropas á sus enemigos, é incapacitados por consiguiente de sostener una campaña. No quiso por lo tanto, dar tiempo para que sus contrarios pudieran reponerse de su derrota, y sin dejar las armas de la mano continuó persiguiéndolos y fué poco á poco ocupando las plazas de los vencidos, de suerte, que en el escaso período de cinco años dejó á España libre de los enemigos imperiales; despues de los ochocientos cuarenta y dos años en que los romanos habían emprendido su conquista. Suintila fué el primer rey godo que pudo verdaderamente llamarse soberano de la España entera.

Pero este príncipe hubiera sido mas dichoso, si siempre hubiese tenido enemigos que combatir. Entró en Toledo coronado con la importante victoria, y al cabo de poco tiempo, lejos de aprovechar la paz en beneficio de su

patria, se entregó en brazos del deleite y se convirtió en un tirano, en un negligente, que antes atendia al seductor impulso de sus pasiones sensuales, que al respetable grito de su abandonada soberanía. Para entregarse mas de lleno á goces tan criminales encomendó á su muger Teodora y á su hermano Ágila el cuidado del gobierno, cuyos improvisados mandatarios compartieron en provecho esclusivo las ventajas que pudo sacar la ambicion de tan favorable circunstancia. Indignado el pueblo levantó el grito; pero fueron desatendidos sus justos clamores, hasta que Sisenando, personaje de gran cuenta entre los godos, aprovechándose de las simpatías que le profesaban, tanto la nobleza como la plebe, tramó mañosamente el destronamiento del negligente soberano. Convocó á lo mas principal de la nobleza, y en secreto conciliábulo, puesto de pie sobre una mesa llamó la atencion de sus adictos, con la siguiente alocucion.

—Nobles godos: vosotros los únicos dueños de la España entera, ¿podreis mirar impassibles la criminal conducta de Suintila? ¿Es justo que encomendemos la corona y el cetro de esta respetable nacion á un Sardanápalo? No, y mil veces no. Desnudemos nuestras espadas; avancemos denodados hácia la morada del perezoso monarca, entremos en su regia estancia donde acaso le hallemos en muelle é impúdico regazo; rasguemos su régia túnica, y lancémosle con ignominia lejos del pueblo, que no es digno de mandar.

—Si, si; exclamó un noble, y sea Sisenando el sucesor.

—¡Viva Sisenando! gritaron entonces todos.

Pero el rey, que había tenido noticia con anticipacion de este secreto conciliábulo, mandó tropas al parage indicado para prenderlos á todos. Sin embargo por una afortunada coincidencia, llegó poco antes que los soldados del rey un espia de los conjurados, el que manifestando el peligro, dió lugar suficiente para que todos se pusieran en salvo; pero Sisenando, era constantemente perseguido, y su cabe-

za estaba casi siempre amenazada, por lo cual, adoptó el partido de alejarse de los dominios de España, no solo para evitar el peligro de que se veía amenazado, sino tambien para marchar á Francia y presentarse á Dagoberto, soberano de esta nacion, pidiéndole socorro para derrocar el poder de Suintila.

Sisenando supo pintar á Dagoberto con siniestros colores el estado de España, las arbitrariedades de su rey, el descontento universal de los vasallos, y de tal manera fué elocuente

te y persuasivo su razonamiento, que el monarca de los francos se prestó desde luego á darle ayuda. Supo tambien Sisenando escitar la codicia de Dagoberto, con dádivas preciosas, y estos ofrecimientos y lo mas arriba indicado contribuyó á que el noble conjurado, contemplase con regocijo el buen éxito de su temeraria empresa.

Cierto dia en el que alegremente, conversaba Suintila con su favorita, entró Agila sobresaltado y dijole estas palabras:

—Tu monarquía perece, hermano.



—¿Qué sucede? preguntó Suintila, con ojos espantados y separándose de la favorita.

—Sisenando, acompañado de Abundacio y Venerando (1) capitanes franceses, acaba de llegar á Zaragoza á la cabeza de un numeroso ejército.

(1) Tales nombres dá Mariana á los capitanes de Dagoberto enviados para el destronamiento de Suintila.

—¿Que pretenden, que solicitan?

—Destronarte, hermano.

Suintila palideció; pero aquella palidez, mas que hija del furor era hija del miedo. Aquel soberano que poco antes habia sido un héroe, temblaba á la sazón: lejos de indignarse y aprestar sus tropas para buscar la defensa, se volvió con semblante medroso y pusilánime hacia su favorita y la dijo.

—Soy perdido...¿quien me ampara?

La fatal noticia se había propagado por la ciudad, y mucho antes que los francos llegasen á ella, se amotinó el pueblo y arrojó ignominiosamente á Suintila del trono para que viviese en la mas completa oscuridad. Inmediatamente fué proclamado rey Sisenando quien entregó á Dagoberto el oro prometido en recompensa de su auxilio,

con cuyo dinero, dicen las historias, se edificó la iglesia de San Dionisio en París.

¿Que hizo Sisenando? ¿Justificó con sus hechos la usurpacion? En el capitulo siguiente nos ocuparemos de este rey.

I. A. BERMEJO.

ESTUDIOS RECREATIVOS,

JUANA DE ALC.

XI.

Preciso es que nuestros lectores vean con los ojos de la imaginacion una selva de las cercanias de Reims, inculta y lóbrega; entre varias cabañas que se distinguen, aparece en primer término la de un carbonero; el cielo se presenta cubierto de pardas nubes, que contribuyen á dar un aspecto mas sombrío á la indicada selva; llueve y por intervalos suena la tormenta y la detonacion de algunas piezas de artilleria; un carbonero y su muger que están á la puerta de la cabaña, contemplan la tempestad; ven que ha cesado de llover y sostienen el siguiente diálogo.

—El tiempo es horroroso, dice el carbonero; la tempestad muge como si se hubiese desencadenado el mismo infierno. Esta guerra terrible del cielo que amedranita hasta á las fieras, que las obliga á buscar un refugio en las grutas, no puede establecer la paz entre los hombres. Al mismo tiempo que se oyen los mugidos del viento y de la tempestad, no cesan de sonar las descargas de artilleria; ambos ejércitos se aproximan tanto, que solo el bosque los separa, y por minutos esperamos una terrible carniceria.

—El cielo nos ampare, dijo la mu-

ger. Los enemigos estaban ya dispersos y derrotados ¿Por qué entonces nos atormentan de nuevo?

—Porque ya no temen al rey, respondió el carbonero, desde que se ha sabido en Reims, que la Doncella era una hechicera, si, desde que el favor del diablo no nos protege; vamos en visible decadencia.

—Escucha, dijo la muger mirando á lo largo de la selva; alguien se aproxima.

Con efecto, Juana y Raimundo acercaron á pasar por este lóbrego sitio. Raimundo le decia.

—Hacia esta parte distingo una cabaña; venid; en ella encontraremos un asilo contra la tempestad. Ya no podreis sosteneros mas tiempo, despues de tres dias que andais errante huyendo de las miradas de los hombres y no comiendo mas que yerbas.

Raimundo decia estas palabras, y la tempestad se iba poco á poco calmando, y el cielo mostrando un azul claro y sereno.

—Entrad en esta cabaña, prosiguió Raimundo; estos carboneros que parecen ser buenas gentes os socorrerán.

El carbonero se acercó á Juana y la dijo.

—Me parece que necesitais descanso: entrad, con todo cuanto encierra nuestra humilde choza está á vuestra disposicion.

—¿Por qué ciñe esta jóven una armadura? preguntó la muger del carbo-

nero, ¡En qué tiempos tan desgraciados vivimos! Hasta las mugeres se ven obligadas á ceñir una coraza. La misma reina, la señora Isabel, dicen que se presenta armada ante los enemigos, y una jóven, una pastora ha combatido en defensa de nuestro rey.

—¿Qué te paras? dijo el carbonero á su esposa; vé á la cabaña y trae alguna cosa para que esta jóven repare sus fuerzas.

La muger del carbonero se volvió al instante y corrió á la cabaña, en tanto que Raimundo decia á Juana lo siguiente.

—Ya lo veis; todos los hombres no son crueles, y hasta en los sitios mas agrestes existen almas compasivas. Consolaos; la tempestad se apacigua y los rayos del sol esparcen por la tierra sus benéficos resplandores.

—Pienso interrumpió el carbonero, porque os veo armada, que vais á reuniros á las tropas de nuestro rey. Tened cuidado, porque los ingleses están acampados cerca de aquí y sus soldados recorren estas selvas.

—¡Desgraciados, de nosotros! exclamó Raimundo. ¿Cómo podremos escapar.

—Quedaos aquí hasta que mi hijo, vuelva de la ciudad; el os conducirá por senderos secretos y desconocidos y no tendreis nada que temer.

—Escuchad, dijo Raimundo á Juana; despojaos de vuestro casco y de vuestra armadura; pueden conoceros y no os protegerán.

Juana entonces miró á Raimundo, hizo con la cabeza una señal negativa y volvió á clavar sus ojos en la tierra.

—Muy triste está esta jóven, dijo el carbonero.... ¡Silencio.... ¿Quién se acerca hácia nosotros?

Todos volvieron la cara y vieron venir á la muger del carbonero con un vaso en la mano y seguida de su hijo. Aquella acercándose dijo:

—Es nuestro hijo, al cual esperábamos.

Despues volviéndose á Juana prosiguió.

—Bebed, noble señorita, y Dios os bendiga.

—¿Que noticias nos traes? preguntó el carbonero á su hijo.

Este clavó sus ojos en la Doncella en el momento que llevaba el vaso á la boca; la reconoce, se precipita al instante sobre ella y arrancándole el vaso con precipitacion esclama.

—¿Que haceis, madre mia? ¿A quien dais asilo?...Esta es la hechicera de Orleans.

—¡Misericordia! exclamaron el carbonero y su muger, y se encerraron con su hijo en la cabaña haciendo la señal de la cruz.

Raimundo y Juana quedaron solos, esta miró á su compañero con semblante impasible y resignado y le dijo.

—Ya lo ves; la maldicion del cielo me sigue por todas partes, todos huyen de mí; piensa en tí, y dejame tambien.

—¿Yo dejaros ahora? dijo Raimundo. ¿Y quien será vuestro guia?

—No estoy sin guia, dijo Juana. ¿No has oido la tormenta? Mi destino me conduce; yo llegaré al término deseado sin buscarle.

—¿Donde quereis ir? Allí están los ingleses que han jurado ejercer sobre vos una venganza sangrienta; aqui están los franceses que os han destruido.

—No puede sucederme ya nada peor de lo que me ha sucedido.

—¿Y quien cuidará de vuestro alimento? ¿Quien os protegerá contra las fieras y contra los hombres mas feroces todavia? ¿quien cuidará de vos si enfermais?

—Conozco, contestó Juana, todas las plantas y todas las raices; he aprendido de mis ovejas á distinguir las que son dañosas y las que son saludables. Conozco el curso de los astros, la marcha de las nubes: el hombre necesita poco y la naturaleza le dá mucho.

Raimundo cogió con tristeza la mano de Juana, y la dijo con acento dulce estas palabras:

—Reconciliaos con Dios; volved con arrepentimiento al seno de la Iglesia.

—¿Tambien tú me crees culpada de un gran crimen?

—¿Y puedo acaso no creerlo? Vues-

tro silencio, no es una confesion tácito de lo que os acusan?

—¿Tú que me has seguido en mi infortunio; tú el único ser que me ha sido fiel, tú que te has unido á mí cuando todo el mundo me abandona, tú tambien me miras como á una réproba que ha renegado á su Dios?... ¡Oh! eso es cruel!

—Luego, ¿no sois una hechicera? preguntó Raimundo con presteza.

—Yo una hechicera!

—Y todos esos milagros los habeis hecho mediante la influencia del Dios todopoderoso.

—¿Y porque otro medio, los hubierais verificado?

—Y sin embargo habeis enmudecido ante esta terrible acusacion. Ahora hablais, y cuando se trataba de hablar delante del rey os habeis callado.

—Me he sometido en silencio al destino que mi Señor y mi Dios haya querido que pese sobre mí.

—Nada pudisteis responder á vuestro padre.

—Lo que mi padre me decia procedia de Dios.

—El mismo cielo ha dado visibles testimonios de que erais culpable.

—El cielo hablaba, y por eso yo he guardado silencio.

—¿Cómo! ¿Os habeis podido justificar con una sola palabra, y habeis querido dejar al mundo en tan desgraciado error?

—No es un error; es el decreto del Altísimo.

—Injustamente habeis sufrido esta afrenta, y no sale ni una queja de vuestra boca... Os miro con sorpresa; siento una revolucion en el fondo de mi corazon. ¡Oh! cuánto me gusta dar crédito á vuestras palabras, pues era una cosa harto cruel suponerlos culpable. Pero yo no podia imaginar que un alma humana pudiese soportar semejante monstruosidad y quedarse callada.

—¿Y hubiera yo merecido ser la enviada de Dios, si no hubiese respetado ciegamente su voluntad soberana? Además, no soy tan miserable como crees; experimento necesidades; pero en mi situacion, esto no es una

desgracia. Estoy desterrada y fugitiva; pero es en el desierto donde yo he aprendido á conocerme. Cuando el brillo de la gloria me rodeaba, habia una lucha violenta en mi corazon; cuando los hombres me miraban como digna enviada, yo era la muger mas desgraciada del mundo; pero ya no me sucede nada: esta tempestad, que parecia poner en conmocion á la naturaleza entera, me ha sido saludable, me ha purificado; la paz está en mi corazon, y no me siento débil para nada.

—Venid, exclamó Raimundo con entusiasmo; venid, precipitémonos para ir á proclamar en alta voz vuestra inocencia al mundo entero.

—El mismo que ha consentido este error, reposo Juana, sabrá disiparlo: los frutos del destino caen cuando están maduros; vendrá un dia en que la pureza de mi corazon sea restablecida, en que aquellos que me han juzgado y rechazado comprendan su error, y derramen lágrimas por mi desventurada suerte.

—¿Será preciso resignarme al silencio? interrumpió Raimundo con desesperacion.

Juana entonces le cogió cariñosamente la mano, y llevándole á otro lado le dijo:

—Tú, no ves mas que el órden natural de las cosas, pues una venda terrestre cubre tus ojos; pero yo he visto con mis propios ojos las cosas inmortales. No cae un cabello de la cabeza del hombre sin el consentimiento de Dios. ¿Ves como descende el sol en el horizonte? Pues lo mismo que mañana reaparecerá con todo su brillo, reaparecerá el dia de la inevitable verdad.

No bien habia Juana acabado de pronunciar estas palabras, cuando apareció á cierta distancia de nuestros interlocutores la reina Isabel seguida de algunos soldados.

—Desgraciados de nosotros! exclamó Raimundo; aqui tenemos á nuestros enemigos.

Los soldados á este tiempo se adelantaban; pero al conocer á Juana retroceden llenos de espanto.

—¿Por qué os deteneis? dijo Isabel.
—No, no; huyamos, gritaron los soldados.

—¿Se ha presentado á vuestros ojos un espectro? preguntó Isabel. ¿Sois

vosotros los que os llamaís soldados?.. ¡cobardes!

Isabel se adelantó por en medio de los soldados; pero tambien retrocedió al ver á la Doncella.



LA REINA ISABEL.

—¡Qué veo! exclamó.
Pero llamando en su socorro al valor que había perdido, logró reponerse un tanto de su espanto, y se adelantó hácia Juana diciendo.

—¡Rindete! eres prisionera.
—Lo soy, dijo Juana con serenidad, en tanto que Raimundo se apartaba desesperado.

—¡Atadla! dijo Isabel á sus soldados.

Los soldados se acercaron con cierto miedo; pero al fin obedecieron las órdenes de Isabel atando á la Doncella.

—¿Es esta, añadió Isabel con orgullo, la guerrera poderosa y temible que asustaba á vuestros batallones como á manadas de timidas ovejas? Ahora no puede ni protegerse á sí misma. Su poder estaba pendiente de vuestra necia credulidad; ha llegado á ser muger cuando se le ha mostrado un valor de hombre. ¿Por qué has dejado tu ejército? ¿Dónde está el conde Dunois tu caballero y tu protector?

—Soy una triste desterrada.

—¿Cómo! interrumpió Isabel llena de admiración. ¿Tú desterrada? ¿Desterrada por el Delin?

—No me preguntéis mas; estoy bajo vuestro poder, y en su consecuencia disponed de mi suerte.

—Desterrada! prosiguió la reina; ¡tú que le has salvado de un abismo, que le has puesto en Reims la corona sobre su cabeza, que le has hecho rey de Francia! ¿Desterrada! conozco á mi hijo en esa accion. Llevadla al campamento, continuó dirigiéndose á los soldados. Mostrad al ejército este fantasma terrible que le hacia temblar. ¡Hechicera!.. en vuestra imaginación estaba toda su hechiceria! Es una insensata que se ha sacrificado por su rey, y la ha recompensado como rey. Llevadla á la presencia de Lionel; decidle que le entrego la felicidad de la Francia... Ya os sigo.

—¡A la presencia de Lionel! esclama

mo Juana de pronto. Degolladme primero que conducirme á la presencia de Lionel.

—¡Ejecutad mis órdenes! dijo Isabel con imperio á los soldados.

Y se retiró con paso magestuoso. Juana entonces se dirigió á los soldados con las siguientes palabras.

—Ingleses, no consintais que yo salga viva de vuestras manos. Vengaos; desnudad vuestras espadas y atravesadme el corazon; llevadme muerta á los pies de vuestro gefe. Pensad en que he sido yo la que ha dado muerte á los capitanes mas valientes de vuestro ejército, que no tenia ninguna compasion de vosotros, que he derramado torrentes de sangre inglesa, que he quitado á vuestros héroes la alegría de regresar victoriosos á vuestra patria... Vengaos, matadme; estoy bajo vuestro poder; nunca acaso podreis encontrarme tan débil.

El gefe de aquellos pocos soldados se adelantó y dirigiéndose á ellos les dijo con voz imponente.

—Ejecutad lo que la reina ha mandado.

—¿Debo sufrir todavia mas de lo que he sufrido? exclamó Juana; ¿que pesada es tu mano, Virgen Soberana! ¿Me has privado enteramente de tu misericordia? No aparece ningun signo divino; ningun angel se muestra; han cesado los milagros; el cielo se ha cerrado para mí.

Y sin decir mas, siguió á los soldados.

(Se concluirá.)

APUNTES MORALES.

CONFESIONES DE UN ESCOLAR.

(Continuacion.)

El tio Duronquer era un hombre sensato; esta manera, tal vez un poco estóica, de educar á los niños me

parece hoy mucho mas conveniente, y sobre todo, mucho mas juiciosa que la que consiste en enervar sus cuerpos y sus espiritus en la molicie: un hombre, educado por el tio Duronquer, hubiera sido efectivamente un hombre, al paso que la mayor parte de nuestros hijos de familia de hoy, no

son mas que maricones, como suele decirse.

La cena no me pareció mal, la encontré muy agradable y sabrosa, porque el apetito es el mejor cocinero del mundo; lo único que me incomodaba, era comer con una cuchara y tenedor de palo; el dueño de la casa lo conoció y me dijo sonriendo:

—Esta es la plata de los pobres, amigo mio; pero felizmente la madera no ofrece ningun inconveniente, y tiene la gran ventaja de no atraer los ladrones; en fin, ya sabrá vd. al menos como se vive debajo del techo de los pobres; es ademas un buen ejemplo que recordará cuando sea hombre.

Yo no respondí nada á estas palabras, cuyo sentido no comprendia entonces sino muy vagamente, pero sentí el deseo de hacer menos penosa la vida de esta honrada familia, y tuve la felicidad de conseguirlo mas tarde, probándole mi reconocimiento.

Después de la cena me llevaron al granero, donde el tío Duronquer entendió dos costales de paja. Apenas se fué, entró Teresa muy sigilosa, trayendo en una mano una almohada y en la otra una manta.

—Tú no rehusáras esto, Ildefonso ¿es verdad? me dijo con una gracia encantadora. En primer lugar, no me sirvo mas que de una almohada, y en este tiempo no suelo echarme mas que una manta.

Creí que era de mi deber aceptar, pues obrar de un modo contrario hubiera sido peor.

—Gracias, le dije, mi querida Teresa, gracias, acepto.

—¡Ah! me alegro, me dijo tocando las palmas en señal de alegría; temia que no admitieses, pues aun no he concluido; he traído un pañuelo para la cabeza; es preciso que te lo dejes poner; verás que bien te lo pongo.

Fué preciso tambien aceptar; me senté sobre los costales para que Teresa pudiera mas fácilmente atarlo á mi cabeza, lo que verifiqué con especial cuidado, y arreglándome con cierta coqueteria los rizados de mi cabellera. Yo no podia menos de reír á pesar de mi tristeza, al ver sus movimientos,

donde la gentileza de su edad se mezclaba con una ternura casi maternal.

En seguida quiso, apesar de mi resistencia, quitarme los borceguies, porque conoció que yo solo no podia hacerlo; con efecto, sin su socorro me hubiese visto muy apurado, y es preciso confesar que me hizo un verdadero servicio. Habia yo andado mucho aquel dia, y se habian hinchado mis pies, por lo cual sufria mucho, y sin Teresa hubiera pasado una noche cruel.

Después me hincó de rodillas á milado y rezamos juntos; nunca creo que he rezado mejor; el acento penetrante de mi ayita, y su recogimiento, me cautivaba y rogué á Dios con estrema devoción. Cuando acabamos de rezar, Teresa improvisó algunas palabras que tenían por objeto rogar á Dios que mi tío, perdonase las faltas que yo habia cometido este dia.

En fin, envolvió mis pies en la manta para protegerlos del contacto de la paja, y cuando me vió tan bien acostado, y la cabeza bien situada sobre la almohada, dijo con un gesto de satisfaccion.

—Así; hemos concluido; buenas noches y que duermas bien.

Luego se inclinó y me dió un beso en la frente, como tenia costumbre de hacerlo Mad. Victorina, y se retiró añadiendo:

—Si te sientes malo y necesitas alguna cosa, no tienes mas que llamarme; mi cuarto esta aqui debajo de la escalera del granero; yo tengo un sueño muy ligero y te oiré al instante..... Hasta mañana.

¡Qué niña tan escelente! Cómo su corazón le inspiraba naturalmente una prevision superior á su edad; Teresa era una niña bendecida del cielo. Después la he encontrado y la he visto mejor todavia. A la edad de quince años, era el honor y la alegría de su familia; todos los del pueblo la querian y la respetaban como al ángel del país; todos los padres la proponian por modelo, y hasta los mas ricos la deseaban para esposa de sus hijos; lo comprendo, porque una muger como Teresa, es el mas precioso de los tesoros.

Merced á sus buenos cuidados, á sus dulces palabras, merced tambien á la conciencia que tenia de haber obrado bien negándose á privarla de su cama, me dormí mas pronto de lo que habia esperado, y hasta las siete de la mañana disfrulé de un sueño perfecto; creo que nunca he dormido mejor.

A la mañana siguiente al despertar hallé á mi cabecera á mi ayita, quien me preguntó si habia dormido bien, y se quedó admirada de mi respuesta. Como la noche anterior, rezamos juntos; luego procedió á vestirme, me puso los botines, que procuró limpiar á hurtadillas de sus padres; me dijo que era preciso lavarme la cara y las manos, lo que no fué para mí poca cosa, yo lo juro, porque siempre habia dejado que me lo hicieran y no sabia como lavarme. Teresa se rió mucho al notar mi embarazo.

—¿Qué significa, decia riéndose, un chico que no sabe hacer nada con sus manos? ¿Quieres parecerte á mi muñeca que se deja vestir y desnudar sin ayudarse en nada? ¿Qué seria de ti el día en que te vieses obligado á vestirte solo?

Comprendí perfectamente la lección que me daba al mismo tiempo que se reía.

Sin embargo, me peinó, arregló mis cabellos, cepilló con cuidado mi ropa; al salir de sus manos, se hubiera dicho que salia de las de Mad. Victorina.

El tío Duronquer partia á las cinco de la mañana para su trabajo, y su muger quedaba hecha dueña de la casa; era mas débil que su marido; lo conocí en mi desayuno que se compuso de una buena taza de leche pura y de un panecillo muy tierno.

Di gracias á esta buena muger por su atención. Despues del desayuno Teresa me cogió del brazo y nos dirigimos hácia la quinta: durante el camino marchamos muy silenciosos; fácilmente se concibe que temia ponerme delante de mi tío.

La verja de la quinta estaba abierta y pasamos sin dificultad. Teresa quiso ser la primera en hablar á mi tío; ¿qué le dijo?, no sé, pero supo proba-

blemente encontrar palabras elocuentes para dulcificar su severidad, pues, volvió, me cogió de la mano y me llevó á la presencia del general, diciéndome al oído estas palabras:

—No tengas miedo; estaba muy rabioso; pero le he apaciguado refiriéndole cuanto has pasado; se ha reído y no te regañará mucho.

—¿Qué te parece? dijo mi tío al verme: ya tenemos, en casa al pillastre, al vagabundo. Por esta vez te perdono porque sé que has espiado tu falta. Pero si llego á saber que otro día vas al campo sin mi permiso, te escarmen-taré con esto.

Y me enseñó la espada grande que se ponía cuando montaba á caballo los días de revista.

Yo me estremecía mirándola, porque el general hacia siempre lo que decia. No obstante, jamás me habia puesto la mano encima, pero tampoco me habia amenazado. Además, el general tenia por principio no hacer nunca las cosas á medias; yo no ignoraba esto, y fácilmente podia prever que el día en que me administrase una corrección, seria completa.

Esta amenaza me hizo menos impresion, sin embargo, que la convicción que yo tenia del descontento del general; era preciso que este descontento fuese muy grande para hacer semejantes manifestaciones, él que era la bondad misma, que vituperaba á los padres que empleaban semejantes medios para corregir los defectos de sus hijos.

—No tendrá vd. necesidad de castigarme, tío; estoy arrepentido y no lo volveré á hacer.

—Está muy bien, dijo el general con cierta sonrisa. Prefiero verte ceder á la voz de la razon mas bien que á la fuerza. Ya sabes mi manera de ver las cosas: cuando un niño es poco razonable para no obedecer á los buenos consejos, cuando se conduce como un animal testarudo y rebelde, mi dictámen es, que se debe obligarle á la sumision como se obliga á los animales; esto es, por la violencia. Si tú quieres ser tratado como criatura racional, conducete razonablemente; así

no des lugar á que coja la espada.

Querido lector, estas máximas, no eran las de Juan Jacobo Rousseau, bien lo conocen vds., mi tío revelaba en estas palabras al hombre de accion, acostumbrado á una obediencia pasiva y que se irrita de toda infraccion voluntaria. ¿Tenia razon ó no? Dejo que resuelvan este problema las personas que tienen que dar educacion. Por mi parte puedo asegurar que debia ser muy astuto el que en adelante me obligara á hacer otra *rabona*.

—¿Me dirás, preguntó mi tío, por que te has atrevido á escapar de la escuela?

—Perico y Geromo me han seducido; yo afirmo á vd. que á no ser por ellos, nunca hubiese pensado en escaparme.

—¿Crees, repuso el general, disminuir tu falta dividiéndola con tus camaradas? Estoy por despreciarte. ¿Te han seducido? ¿Qué niño es este de carácter tan débil que se deja seducir? Hoy te has dejado llevar de la influencia de tus compañeros para escapar de la escuela; ¿quién me asegura que dentro de ocho dias no te dejarás seducir para cometer un robo?

—¡Tío, tío mío!!!

—No grites, pues ahora voy á probarte que eso es precisamente lo que has hecho; y voy á probarte que te has apropiado lo que no te pertenecía.

—Nada mas que un racimo, tío; y le arrojé al suelo casi entero cuando pensé que aquello no era mío, puesto que no me lo habian dado ni yo lo habia pagado.

La verdad tiene acentos por los cuales no dudamos.

—Vamos, mejor; dijo mi tío con satisfacion; tu falta es menos grave. Pero escúchame y conserva en tu memoria estas palabras. No hay nada que esperar de un hombre capaz de dejarse seducir. Quiero mas al que hace el mal por su propia voluntad, porque al menos es una señal de que sabe querer y el dia que quiera aplicar al bien esta voluntad, llegará á ser un hombre del cual nos podremos fiar; de este se puede hacer alguna cosa, del otro nada; á la edad de treini-

ta años será todavia un niño digno de ponerle bajo tutela. ¿Me comprendes, Ildelfonso?

—Sí, tío; vd. quisiera mejor que yo sedujese á otro, mas bien que dejarme seducir por ellos.

—Justamente.

—Yo prometo á vd. que nunca seguiré los malos consejos de otros.

—¿Ni los malos ejemplos?

—Ni sus malos ejemplos, tío mío.

—Vamos, estoy contento de tí; espero que esta falta te servirá de provecho y que te hará tener carácter.

—Lo procuraré, tío.

Llevé á Teresa hasta la verja, la besé al despedirme, y le di las gracias; al momento subí y me puse al lado del general.

—Tío, le dije, yo quisiera decirle á vd. una cosa.

—¿A qué viene ese preámbulo? ¿Te he prohibido jamás que me digas lo que pasa en tu entendimiento?

—No tío, pero es... que yo no me atrevo como los otros dias á causa de... á causa de...

—¿A causa de qué? dijo con impaciencia.

—A causa de lo que hice ayer.

—Pues que ya no te hablo de ello, ¿á qué me lo recuerdas?

—¿Vd. me ha perdonado enteramente?

—¿Por quién me has tomado? añadió mirandome con cierta severidad. ¿Presumes que yo me dejo seducir? Sábelo de una vez para siempre; jamás obro sino segun mi propio impulso; tú has cometido ayer una falta, yo te he castigado dejándote conocer el riesgo de acostarte en el campo; has sabido que no es buena la desobediencia, te has arrepentido, te he perdonado advirtiéndote lo que que te sucederia en caso de reincidencia; he hecho lo que debia hacer, y he dicho lo que debia decir. No me gusta repetir las cosas y hemos concluido; no hablemos mas de eso.

Digamos de paso, que mi tío hacia lo que afirmaba; nunca decia una cosa mas que una sola vez; todos cuantos le rodeaban estaban tan acostumbrados á esta cualidad, que se volvian oídos

siempre que hablaba. Cuando podía hacerse, comprender por un gesto ó por una mirada, no empleaba otro lenguaje, y sus inferiores le obedecían al instante. Era en todas sus cosas el hombre enérgico, preciso, activo, avaro de su tiempo y de sus palabras; era un verdadero militar.

Esta manera de obrar, muy buena con los hombres, es excelente con los

niños: cuando se llama su atención muchas veces sobre un mismo objeto no oyen ya; las reprensiones verbales las oyen sin entenderlas. Jamás he obedecido á nadie tan pronto como á mi tío.

—Quisiera espresar á vd. la felicidad que yo tendria en reconocer las bondades que han tenido hacia mí en casa del tío Duronquer.



LA MADRE DEL ESCOLAR.

—Es un buen sentimiento. Me parece que tienes unos sesenta reales en pesetas nuevas isabelinas, ¿quieres enviárselas?

—¡Oh! no tío; se ofenderían; no pi-

den limosna y ni me han recogido con la esperanza de ser pagados.

—Tienes razon; te di esta idea á fin de ver cual era la tuya.

—¿Qué quieres hacer entonces?

—Teresa es muy devota, y quisiera enviarle el devocionario que vd. me ha dado; ella tiene uno muy feo, y yo estoy seguro que recibirá el mío con gusto.

—Me parece bien; ¿pero crees que será conveniente enviárselo?

—No, no, tío; yo mismo iré con madama Victorina a llevárselo mañana, si vd. me lo permite.

—No pido cosa mejor.

Tales fueron para mí los resultados de mi *rabona*. Mis cómplices no fueron tan dichosos, porque al volver á sus casas recibieron de sus padres lo que llaman.... una *buena azotaina*. ¡Qué distinta educación!

Con efecto, á la mañana siguiente acompañado de mi aya llevé el devocionario á Teresa; quedó encantada de mi regalo y me dió las gracias como si nunca hubiese hecho nada por mí; digo á vds. que Teresa era un ángel.

Desde esta época recé al acostarme y al levantarme con suma atención; aprendí á vestirme, á desnudarme y á lavarme solo, porque no quise parecerme á la muñeca de Teresa.

Mi tío admirado de este cambio me preguntó la causa, y rió mucho cuando le referí lo pasado, y dijo alegremente: No hay mal que por bien no venga.

Otra carta de mi madre vino á borrar hasta el recuerdo de mi falta y el de los disgustos que me había ocasionado.

En esta carta mi madre manifestaba tiernamente una alegría por mis progresos, como si ella sola debiese percibir todo el fruto: me anunciaba además que al día siguiente tendría la alegría de abrazarme. Al otro día iba á volver á ver á mi buena madre; iba á oír de su boca dulces elogios, con cuyo pensamiento palpitaba mi corazón de gozo; dormí mal aquella noche; desperté diez veces creyendo verla. En fin, me levanté al ser de día; un carruaje se paró á la puerta de la quinta... Era mi madre.

El cambio que experimentó mi destino á causa de su presencia, será objeto del quinto capítulo de mis *Confesiones*.

(Se continuará).

COSTUMBRES ESPAÑOLAS.

DEL JUEGO INFANTIL

TITULADO

AL ESCONDITE,

O DEL QUIQUIRIQUI

Y DE SUS DERIVADOS, A TE VEÓ Y SALSALERO O ZANZABUCA.

Si juegas al escondite cuida de no hacer de gallo que por la voz va á buscar el escondrijo el milano.

(Vargas Castellanos.)

Heme aquí otra vez, niños queridos, entre vosotros dispuesto y deseoso á esplicaros la historia y prácticas de

Tomo III.

otro juego, que no os es menos agradable que el que os conté en el número anterior, pues que con él os divertís igualmente en muchas ocasiones. Dejadle de jugar un rato para escucharle, y luego volveréis á él con mas gusto, pues que os hallareis instruidos de muchas cosas pertenecientes á él que ignorais todavía.

Si este juego no se deriva del de la gallina ciega ó de alguno de sus variantes, como creemos, tiene bastante analogía con el de la *Myiuda* de los griegos, ya explicado en el número anterior; pero ó sea así ó que este haya dado origen á aquel, lo que si no tiene duda es que fué ya practicado por los griegos que le denominaron *degapetivos*, segun Hesichius y Filato

según Suidas. Julio Polux, con referencia á los autores griegos y romanos en su *Onomástico*, asegura que se llamó al juego *apodidrasciada*, y que consistía en ponerse uno de los jugadores con los ojos tapados por las manos de otro, en medio de una pieza, en tanto que los demás se escondían y que luego se les destapaba, en cuyo caso iba á buscarles yéndose escapando los buscados para volver al puesto con prisa para librarse de que les cogiese y caer en la pena de tener que quedarse en su lugar. Siendo esto así y sabiéndose que también le jugaron así los romanos, se vé que este es uno de aquellos pocos juegos que han llegado á nuestros días en la misma forma de su origen, puesto que si bien le practicamos con muchas variantes, la descripta es la principal.

Los latinos que denominaron á este juego *ludrica puerorum occultatio*; le esplican como muy usado en las fiestas que se hacían al sol por los muchachos, sabiéndose que fué una de las diversiones favoritas del emperador Elagábalo que fué sacerdote de Febo, simbolizado en aquella gran piedra negra de que se nos habla en la teogonía gentilicia, y con cuyo emblema de la divinidad tuvo tanta analogía mucha parte del culto de los celtas, y aun mas el de los mejicanos. Los galos le practicaron también con bastante éxito, y dejándosele en herencia á los francos, le vemos hoy usado por los franceses que le denominan *Cligne-Musette*, poco mas ó menos que le practicamos nosotros. En efecto, nuestros vecinos le juegan del modo siguiente: todos los jugadores, excepto uno que se esconde al efecto, se reúnen en un sitio al que denominan *Chalet* (chocilla). El que se halla escondido grita cuando le parece: *Fait* (¡Ya!), y entonces todos los que juegan se dirigen á buscarle. El que descubre al que se escondió grita: *Fait*, en cuyo caso el jugador oculto sale de su escondite y si puede coger á otro, el preso debe llevarle á cuestras hasta el *Chalet*. Verificado esto, el jugador que descubrió al que se escondió, se esconde y vuelve á empezar el juego.

Los mismos franceses tienen también otra variante del juego del escondite, que igualmente puede serlo también del de la gallina ciega, y al cual denominan *Colin-maillard* á la *Silhouette*, el cual es juego muy divertido y fácil de que le practiquéis vosotros, queridos niños. Se cuelga una sábana blanca en una pieza, y á poca distancia se coloca uno de los jugadores sentándose en una silla mirando á la sábana, detrás de la cual y á alguna distancia se pone sobre una mesa la única luz que ha de haber en la pieza en que se juegue. Los jugadores deben pasar uno á uno entre la luz y el lienzo, haciendo contorsiones que mas les agrade con su cuerpo, de modo que se pinte su sombra en la sábana. El penado debe adivinar por la sombra quien es el que pasa, y si lo logra el que ha sido conocido, tiene que ponerse en su lugar; pero si no acierta todos salen gritando para manifestarle con sus bufonadas y algarazas que se ha engañado: en este juego puede muy bien sacarse una prenda al penado por cada vez que se equivoque, y al que se pone en su lugar por haber sido conocido con lo cual se prolonga la diversion en la segunda parte que le constituye la sentencia de las prendas.

Haciendo el erudito Covarrubias mencion de este juego en la voz *esconder*, dice: «Hay un juego de niños que llaman al *esconder*, por otro nombre el juego de *Quiquiriqui*, porque uno de ellos las duerme hasta que todos están escondidos, y uno imitando al gallo dice quiquiriqui, y entonces despierta y va á buscarlos, y al primero que coge le lleva á su lugar, es muy antiguo y usado de los griegos.» Este juego del quiquiriqui se sigue usando en el día del mismo modo que en el siglo XVII en que escribió el expresado autor, y de él se deriva la variación de el del escondite denominada juego de *Salsalero* ó de Zarzabuco, que en muchos de nuestros pueblos de Castilla y de Andalucía divierte aun hoy á nuestros muchachos. Para jugarle, se ponen en rueda todos los jugadores. El último que se quedó con la china cuando echaron suer-

tes, se coloca en medio con los ojos vendados, y dando vueltas dice cantando:

Zarzalbuco
del rabo del cuco
del cucardar,
que ni sabe arar,
ni pan comer,
vete á esconder
detrás de la puerta
de San Miguel.

Al nombrar á San Miguel se paran, y el muchacho que tiene en frente se va á esconder, repitiendo de este modo el baile y el cantar hasta que todos se esconden. Luego que todos se hallan ya ocultos destapan al penado, y va á buscar á sus compañeros diciendo: *Sal salero, y vendrá caballero en la mula de Pedro*. Los que se hallan ocultos, procuran salir de su escondite y correr hacia el sitio en que se hallaron para empezar el juego, diciendo al llegar á él: *Zarzalbuco*, que equivale á decir que se han salvado, y que están ya libres. Si el penado coge á alguno antes de llegar al puesto, el que ha sido cogido tiene que cargar á cuestas con él y conducirlo adonde están los demas, los que le condenan por su torpeza á quedar de *Zarzalbuco* para empezar á jugar de nuevo.

Hallamos en un autor antiguo que en las guerras de Julio César en España, los españoles que querian sorprender un destacamento romano, se concentraban, y desparramándose en pequeños grupos, acudían por diversos puntos á caer á un tiempo y á una voz sobre sus enemigos, y que esta voz era la de *Video te*, que se daba por las partidas sueltas cuando se divisaban unas á otras, en cuyo caso partían á la carrera contra el acampamento. Siendo esto cierto, no podemos hallar mejor y mas acomodado origen al tan usado juego español titulado de *A te veo*, que es una de las variantes del *Escondite*. Los muchachos de las ciudades son los que mas se divierten con este juego, para el que se reúnen todos dentro de un portal ó pieza baja,

y dejando encerrado en ella al que sacó la última suerte, los demas se esconden en diferentes portales, y si es en el campo tras los árboles ó matorrales. Uno de los jugadores da la voz de *A te veo*, y entonces sale el penado y procura buscar á los jugadores por todas partes; pero como seria difícil hallarlos en calles largas ó vastos campos ó jardines, es ley del juego que al decir el que busca *A te veo*, todos le contesten: *No lo creo*, en cuyo caso se dirige hacia los sitios en que oyó las voces. En cuanto el penado pasa por el escondite de uno, el que le vió pasar tiene que salir gritando: *A quien San Juan se la dió San Pedro se la bendiga*, y se va al puesto. Si el penado ve á alguno en su escondite ó corriendo sin haberle pasado, grita: *A fulano he visto*, y contestando todos los demas: *Bien visto*, salen de sus escondites y van hacia el hallado, el cual tiene que conducir á cuestas al que le encontró hasta el puesto designado, en medio de la bufa que le dan los demas, que con referencia al que va caballero, gritan de cuando en cuando, *victor, victor por fulano*. Es muy comun el no esconderse en este juego, sino el irse ocultando á la carrera, de esquina en esquina, y de portal en portal, ó árbol en árbol, hasta que el penado nombra al que haya conocido en los diversos paseos ó carreras.

Muchas veces, entre los niños y aun entre los adultos, particularmente, con ocasion de sentencias en el juego de prendas, se juega á *acertar el escondite*, variante del juego que describimos, que consiste en esconderse cualquier objeto con el fin que le descubra el penado. Escondida la cosa, se le hace andar al penado buscándola, y cuando se acerca al sitio en que se la tiene, se le dice: *Que te quemas, que te quemas*, y cuando está junto á ella: *Que te abrasas*, lo que se hace para advertirle su proximidad. Si se le ve separado de la cosa escondida, se dice: *Frio, frio como el agua del rio*, y cuando se dirige á ella, *Caliente, caliente como el agua de la fuente*. Luego que halló la cosa el penado tiene derecho á esconder otra, reuniéndose para ello con los

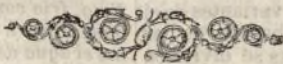
demas y hacérsela buscar á aquel de entre ellos á quien haya elegido de antemano, al que otro tapa los ojos para que no vea en donde se esconde la cosa. En vez de las voces, se hace uso algunas veces de la música, tocando fuerte el instrumento á proporcion que el penado se acerca á la cosa, y al contrario cuando se separa de ella.

La manera mas comun de jugar al escondite en Madrid, aun cuando ya la sabeis mejor que yo, amados niños, la consignaré en este artículo, para inteligencia de los muchachos de aquellos pueblos en que varia, y quieran imitarlos. Entre los jugadores se elige uno á quien se llama la madre, si hay señoras, particularmente ancianas con quienes tengan los niños ó niñas confianza, seguramente que es la elegida por madre. Verificada la eleccion, echan suertes los jugadores, y el último que se quedó con la china hace de penado, al que llaman en unas partes el milano y en otras el gavilan, y se entiendo por palomitas ó por gallitos á todos los jugadores. El penado es llevado á la que hace de madre, que le hace ponerse de rodillas delante de ella, que se halla sentada y le obliga á echar la cabeza sobre su falda, de suerte que nada vea. Luego que ven las palomitas preso al milano, como si temieran que se escape, se van á esconder, y cuando ya lo están todos en diferentes puntos, gritan desde los escondrijos: *venga*. La madre al oír la voz suelta al milano, el cual con mucha cautela y silencio, va registrando todos los puestos, ó como si dijéramos todos los nidos en donde cree pueden esconderse los que busca, poniendo cuidado hácia donde siente ruido u oye alguna voz ó aspiracion. Los jugadores tratan de llamar al milano la atencion por muchas partes, á fin de hallar ocasion de escaparse de sus

garras, y al efecto los que le ven lejos dan una voz ó hacen el gallo, y conforme van pudiendo, salen corriendo de los nidos y se van á agarrar á la madre, gritando: *Hijitos á la madre, que no tienen padre*, en cuyo caso la madre les acoge y quedan libres del milano. Si este coge á alguno, bien en su escondite, bien antes de llegar á la madre, ó le obliga á que le conduzca á cuestras al puesto, ó le va dando con la mano ó con una correa en las espaldas, ó le exige una prenda si se concertó así, pero en todo caso, todos los demas jugadores le golpean suavemente con algazara, castigando su torpeza, y le condenan á hacer de milano para empezar el juego. En este juego siempre se salvan los mas listos y los mas astutos, y es un buen medio para que se conozcan estas cualidades en los muchachos. Como entre algunos pueblos antiguos, y particularmente entre los lacedemonios y espartanos, se castigaba la torpeza, bien pudiera ser que fueran ellos los inventores de este juego estratégico, para que desde niños fueran adquiriendo astucia y ligereza los ciudadanos.

Otras variantes pudiera ponerlos, amados niños, para aumentar este artículo, pero participando en su forma mas de otros juegos que de este, en mis demas escritos los hallareis, y entonces podreis juzgar si supe ó no clasificarlos debidamente. En el entre tanto que así lo hago réstame suplicaros por hoy, que si hallais alguna diferencia entre este mi método con el que vosotros useis, la tengais ó por un punto de historia que no sabiais, ó por una variante vuestra de que me habrá hecho olvidar el trascurso del tiempo en que dejé de entregarme á vuestras inocentes diversiones.

BASILIO SEBASTIAN CASTELLANOS.



LA CATEDRA EN EL CAMPO,

O SOLACES DE UNA FAMILIA PROSCRIPTA.

XIII.

MITOLOGIA.



(CONTINUACION).

Mercurio, hijo de Júpiter y de la ninfa Maya, era el dios de la elocuencia, del comercio y de los ladrones, el mensajero de Jupiter y de los dioses del Olimpo, y el conductor de las almas á los infiernos. La ninfa Maya, una de las Atlántides, le puso un día sobre el monte Cileno en Arcadia. Se le atribuye la invencion de la lira y le representan con alas en las espaldas y en los talones; sobre su cabeza tiene el petaso especie de sombrero que tambien tiene alas, y en su mano el caduceo, varita entrelazada con dos serpientes: el caduceo, era el simbolo de la concordia.

Minerva, nacida del cerebro de Júpiter, era la diosa de la sabiduria, de las ciencias y de las artes. Bajo el nombre de *Pallas*, presidia á la guerra; la oliva, simbolo de la paz, el mochuelo simbolo de la prudencia, con los signos que se le consagran. Su hermosura era grave y austera; se la representaba con un casco en la cabeza, la égida en el pecho, llevando una lanza en una mano y un escudo en la otra.

Vesta, se distinguia, ó mejor dicho, se confundia muchas veces: hay una que es muger de Urano ó Cœlus, la misma que Tellus, y madre de Saturno; otra hija de Cœlus ó de Tellus, la

misma que Cibeles y muger de Saturno; en fin, hay otra, hija de Saturno y de Rhea que era la diosa del fuego. Sin embargo se honraba comunmente bajo el nombre de Vesta á la diosa del fuego. Eneas llevó su culto á Italia, y Numa le edificó un templo de forma redonda, cuya entrada estaba prohibida á los hombres, y donde virgenes llamadas vestales conservaban un fuego perpétuo. Estas sacerdotisas eran enterradas vivas cuando violaban su voto de castidad, y castigadas con el suplicio de los esclavos, es decir, con el látigo, cuando dejaban apagar el fuego sagrado.

Apolo, hijo de Júpiter y de Latona era el dios del dia, de la armonia, de la adivinacion, de las bellas artes y de la medicina. La Tierra, por peticion de Juno, prometió no dar asilo á Latona, contra quien esta diosa celosa habia suscitado la serpiente Python; pero Neptuno compasivo, hizo salir de las olas la isla de Delos, donde Latona se refugió bajo la forma de un pájaro, y dió á luz á Apolo y á Diana.—Apolo tenia un hijo llamado Esculapio, á quien Júpiter castigó con sus rayos por haber dado la vida á Hipólito, hijo de Teseo. No pudiendo vengarse de Júpiter mató á flechazos á los Ciclopes que habian forjado el rayo de que Júpiter se habia servido. El superior de los dioses le echó del cielo; Apolo se refugió en el palacio de Admeto, rey de Tesalia, cuyos rebaños estuvo guardando por espacio de un año; enseñó á los pastores á tocar la lira y dió el modelo de la vida pastoril.—Presidia el coro de las musas, y habitaba con ellas el Parnaso, el Helicon y el Pindo, y los demas lugares que frecuentaban

estas diosas.—Ese dios tuvo un gran número de oráculos, de los cuales el mas célebre fué el de Delfos; era para los griegos, el tipo de la belleza viril. Cuando se le toma por el sol, adquiere el nombre de Febo.



APOLLO Y DAFNE.

Marte, dios de la guerra, era, segun Hesiodo, hijo de Júpiter y de Juno; pero segun otros poetas, Juno solo le dió á luz. Se le representaba bajo la forma de un terrible guerrero, armado de un escudo, de un casco y de una pica: un carro tirado por dos fogosos caballos le lleva al medio de los combates. Los romanos le consideraban como al padre de Rómulo y al protector de su imperio. Vulcano era hijo de Júpiter y de Juno; vino al mundo tan feo y tan deforme, que Júpiter le precipitó de una patada debajo de la tierra; de

esta caída resultó que se rompió una pierna, y quedó cojo; cayó en la isla de Lemnos, y estableció allí fraguas donde fabricaba los rayos de Júpiter. Tenia por compañeros y obreros á los Ciclopes, hijos de Cœlus y de la Tierra, ó de Neptuno y de Anftrite: á pesar de su fealdad, llegó á ser esposo de Venus, quien le guardó poca fidelidad.

Los antiguos atribuian á Vulcano todas las obras que pasaban por las mejores fabricadas en el arte de la herreria, como la corona de Ariana, el escudo de Hércules, el cetro de Aga-

menon, y las armas de Aquiles y de Eneas. Representaban á este dios con una barba crecida, una cabellera descuidada, medio desnudo, llevando un gorro redondo terminado en punta, con

un martillo en la mano derecha y unas tenazas en la izquierda.

Diana era hija de Júpiter y de Latona, y hermana de Apolo. Ejercía tres funciones distintas, tenía tres residen-



DIANA Y ACTEON.

cias, y tres nombres diferentes. Bajo el nombre de *Diana*, era la diosa de las selvas y presidía la caza; reinaba en el cielo bajo el nombre *Feba*, y conducía el carro de la luna, y bajo el de *Hecate*, se confundía con Proserpina, reina de los infiernos, de que procede el nombre de *Triple Hecate*, que le dan algunas veces los poetas.—A pesar de su voto de virginidad, se enterneció del pastor Endimion, que visitaba en la gruta del monte Letmos en Caria.—La representaban armada de un arco y un carcax, con un perro y una cierva á su lado.—Diana tenía en Efeso un templo célebre, que entró en el número de las siete maravillas del mundo. Erostrato, con la esperanza de hacer su nombre famoso, le prendió fuego el día del nacimiento de Alejandro Magno.

Venus, diosa de la hermosura y de los amores, era, según Homero, hija de Júpiter y de Dione, una de las nin-

fas del Océano, pero según otros, nació de la espuma del mar. En su nacimiento fué acariciada por los céfiros: las Horas se encargaron de instruirle y la condujeron al Olimpo, donde los dioses, encantados de su belleza, la pidieron en casamiento; pero Júpiter la dió á Vulcano, bien para castigarla de su indiferencia, bien para recompensar al artista á quien debía su rayo, su trono y sus palacios con bóvedas de acero y de marfil. Tuvo del dios Marte á Cupido ó el Amor: abandonó el Olimpo por el bello Adonis, que llevó á sus jardines de Chipre y de Siria. Eneas pasaba por ser el hijo de esta diosa y de Anquises.

ENEADUM GENITRIX, HOMINUM DIVUMQUE VOLUPTAS

Se la representaba tan pronto bajo la forma de una joven saliendo del seno de las aguas, ó colocada sobre un car-

ro tirado por dos palomas. Comúnmente iba acompañada de Cupido y de las tres *Gracias*.

Ahora hablaré á vds. de otros dioses mayores despues de los consentes. —Pluton, hermano de Júpiter y de Neptuno, reinaba en los infiernos con *Proserpina*, hija de Ceres. Los infiernos eran los lugares subterráneos, donde las almas de los muertos eran conducidas por Mercurio, para ser allí juzgadas por *Minos*, *Eaque* y *Rhadamante*. Estaban divididos en dos partes; los *Campos Eliseos*, residencia de los buenos, y el *Tártaro*, morada de los malos. —Cinco eran los rios que atravesaban á los infiernos: *Styx*, el *Cócito*, el *Aqueronte*, el *Phlegeton* y el *Leteo*. El *Styx* daba nueve veces la vuelta; los dioses juraban por sus aguas, y este juramento era irrevocable: las aguas del *Cócito* eran lágrimas; el *Aqueronte* tenia aguas amargas; por el *Phlegeton* corrían torrentes de llamas y el *Leteo* separaba el *Tártaro* de los *Campos Eliseos*; con sus aguas se bebía el olvido de las miserias de la vida. Las principales divinidades infernales, eran: las *Páracas*, *Clotho*, *Lachesis*, y *Atropos*, quienes filiaban los días de los mortales; las *Furias*, *Tisifone*, *Megare* y *Alecton*, que ejecutaban las sentencias de *Minos*; el viejo *Caron*, barquero de los infiernos, y *Cerbero*, perro de tres cabezas, que guardaba la puerta de entrada del palacio de Pluton. Se cita además la *Noche*, hija del *Caos*; la *Muerte*, hija de la *Noche*; el *Sueño*, hermano de la *Muerte*; *Morfeo* el dios de los sueños. —Los grandes culpables, encerrados en el *Tártaro*, eran *Sisifo*, condenado á rodar desde lo alto de una roca, una enorme piedra que caía incesantemente; *Tytyo*, á quien un buitre roía eternamente las entrañas; *Tántalo*, atormentado por la sed y el hambre en medio de un estanque cuya agua, se escapaba sin cesar de sus labios y debajo de los árboles de los frutos, cuyas ramas se enderezaban cada vez que pretendía llevar un fruto á su boca; *Ision*, atado á una rueda rodeada de serpientes, que hacían su suplicio eterno; las cincuen-

ta hijas de *Danaüs*, condenadas á llevar eternamente cántaros de agua á una cuba sin fondo, que en vano procuraban llenar. —Los *Campos Eliseos* eran una mansion deliciosa, donde las sombras virtuosas gozaban de una felicidad perfecta; allí reinaba una primavera eterna. —Tal era la residencia de Pluton. Representaban á este dios, sentado sobre un trono de ébano, armado de un cetro con dos puntas, y su cabeza cubierta con un casco, presente de los *Ciclopes*, y cuya propiedad era la de hacerle invisible. A su lado estaba sentada *Proserpina*, su pálida y estéril esposa.

Baco, dios del vino, era hijo de Júpiter y de *Semelé*; fué educado por las ninfas de *Nisa*, montaña de las Indias, y por las *Musas*, del poder de las cuales pasó al del viejo *Sileno*, hijo de Mercurio ó de Pan, y de una ninfa que seguía ordinariamente á Baco, montado en un asno, y casi siempre embriagado. —Cuando creció Baco, hizo la conquista de las Indias, acompañado de su padre adoptivo y de una infinidad de hombres y mugeres, que llevaban en vez de armas, tirsos y tambores. —Las fiestas de este dios, llamadas *orgias* ó *bacanales*, eran la señal de todos los excesos á que nos lleva naturalmente la embriaguez; las mugeres, medio desnudas, armadas de tirsos y de antorchas, corrían acá y allá, al son de los tambores, y hacían retemblar á las montañas con sus alidos. Se representaba á Baco bajo la forma de un hombre riéndose, coronado de pámpanos, llevando en una mano racimos de uvas y en la otra un tirso; ora le sentaban sobre un tonel, ora sobre un carro tirado por tigres y leones.

El Amor, segun Hesiodo, es uno de los cuatro grandes principios de los seres. En un principio, dice, fué el *Caos*, despues la *Tierra*, un vasto seno, base inalterable de todo lo que es, luego el tenebroso *Tártaro* en el fondo de los abismos, y el Amor, el mas bello de los dioses inmortales. Segun la mitologia vulgar, el Amor ó Cupido, es hijo de *Venus* y de *Marte*. Le representaban desnudo bajo la forma de

un niño alado, armado de un arco y de un carcax lleno de flechas ardientes, algunas veces con una venda en los ojos y una antorcha en la mano.—El nombre del Amor recuerda el de Psiquis, jóven princesa de singular hermosura que la comparaban con Venus y que se hizo amar del mismo Amor.

Un oráculo predijo que tendria por esposo á un monstruo temible, y mandó poner la belleza sobre una roca de sierta. Pero entonces Céfito, por orden del Amor, la trasladó á un palacio maravilloso, donde estaba servida por ninfas invisibles que prevenian todos sus deseos. El Amor llegó á ser su es-



BACO.

posó; pero aunque presente durante la noche, se escapaba á los primeros rayos del sol. Sin embargo Psiquis, inquieta y curiosa, quiso ver con sus propios ojos si el oráculo lo habia convertido en un monstruo. Una noche que el Amor se encontraba dormido á su lado, se levantó con mucha cautela, encendió una lámpara, se aproximó al lecho, y vió en lugar de un monstruo al hijo de Venus. Con la sorpresa que experimenta deja caer una gota de aceite y se despierta el Amor: este airado le reprende su desconfianza; el palacio encantado desaparece y Psiquis queda solo en un desierto. En su dolor quiere darse la muerte; pero su invisible esposo detiene el golpe fatal: la princesa recurre á los ruegos, invoca en vano á todas las divinidades, y Venus irritada contra Psiquis porque ha-

bia podido con su belleza cautivar al Amor, le suscita á nuevas pruebas que Psiquis destruye con la asistencia de su invisible esposo. Penetra en los infiernos; Proserpina la da una cajita misteriosa con prohibicion de abrirla: Psiquis no puede resistir á la curiosidad, y de esta caja se escapa un humo espeso que ennegrece su rostro. Psiquis se habia imaginado que contenia el afeite que sostenia eterna la belleza de las diosas; pero el Amor teniendo compasion de ella se la llevó al cielo donde Júpiter la concedió la inmortalidad, legitima su casamiento y la une al Amor. De esta union nació la *Voluptuosidad*. Representaban á Psiquis con alas de mariposa en las espaldas.

(Se continuará).

JUAN FRANCISCO EL INDEPENDIENTE.

NOVELA INFANTIL.

§ I.

Un joven de unos quince años, pero cuya alta estatura anunciaba una fuerza superior á su edad, y de mirada audaz, se hallaba sentado en el muelle de la bahía de Cádiz; apoyaba su codo sobre los libros atados con una correa y no cesaba de mirar al mar; á su lado se encontraba otro escolar pálido, delgado y contrahecho, que se hubiera creído que acababa de salir de la primera infancia, si sus facciones ya desarrolladas no hubiesen demen- tado su raquítica apariencia.

Pablo Minarto tenía en efecto un año menos que su hermano Juan Francisco, pero inferior á este en fuerza, atrevimiento y voluntad, se había acostumbrado á seguir en todo sus consejos. Sin embargo, no era Pablo tan débil como lo parecía á primera vista; su aspecto enfermizo ocultaba, por el contrario, una vitalidad tenaz y un vigor de inercia, que se hubiesen encontrado en personas de mas edad; pero era una naturaleza imitadora, tomaba el camino que le mostraban por pereza de buscar otro; adherido por otra parte á su hermano, hacía el cual profesaba tanto interés como admiración, creía de su deber seguirle en todo, como el soldado sigue á su general.

Ambos iban á la clase de latin, y esperaban que sonase la hora para acudir á ella.

De repente Juan Francisco se incorporó bruscamente lanzando una exclamación y estendiendo su mano hacia el mar.

—¿Ves, ves, Pablito? exclamó, la corbeta de instruccion va á aparejar.

El navio indicado por el escolar acababa en efecto de levantar anclas; las

vergas y las cofas estaban cubiertas de discípulos de la escuela marítima: las velas se desplegaron las unas despues de las otras; comenzaron á tomar la brisa, y bien pronto la corbeta se lanzó sobre las olas con la ligereza de una golondrina de mar.

De todos los espectáculos propios para interesar la inteligencia humana ninguno acaso es comparable al de un navio maniobrando sobre un mar tranquilo y con una brisa favorable, y con la bandera nacional flotando en su pica. Los pasos mas rápidos y variados del caballo de carrera, no pueden dar una idea de esta prontitud de movimientos, de esta especie de coqueteria, ni de esta gracia obstinada de obediencia. Un navio, no es una máquina de pino, de tela y de cordeles como se puede creer viéndole inmóvil en el puerto; es un ser animado, con muchos centenares de inteligencias, con muchos centenares de vida; un ser que puede escuchar, ver y que habla por medio del cañon.

La corbeta acababa precisamente de dejar oír esta voz, y se alejaba de la costa dejando á sus espaldas una inmensa nube de humo. Juan Francisco se habia levantado lanzando un alegre *arriba*, cuando el reloj interrumpió su entusiasmo.

—¡Maldita seas! ¡Vaya un condenado tim, tim, exclamó el escolar volviéndose. Siempre suena la hora de ir á clase, cuando uno está mas divertido. Quisiera que don Jacinto tuviera la campana del reloj colgada de su cuello á guisa de cascabel.

El lector adivinará facilmente que don Jacinto no era otro que el maestro de latinidad, hombre excelente, cuyos caballos grises, y su rostro de color de

pergamino le habían dado la reputación de un hombre científico.

—Mira, añadió Francisco, cuyos ojos no podían dejar la corbeta; mira como boga... ¡Qué gusto es verla caminar sobre las olas!

—Si don Jacinto estuviera aquí, observó el jorobado (porque Pablito lo

era), nos probaría que Virgilio ha hablado de esta maniobra, y nos citaría en corroboración de ello algún verso latino.

—No me hables del latín, interrumpió bruscamente Francisco; es mi enemigo natural. El único provecho que he sacado de haber traducido a



VISTA GENERAL DE CÁDIZ.

Horacio, es saber que los romanos preferían el aceite de venafro á la salsa de lamprea.

—Nuestro tío quiere que asistamos á clase, dijo Pablo dando un suspiro.

—¿Y por qué nuestro tío de ha ser dueño de guiarnos á su gusto? murmuró Francisco; yo quiero ser independiente, ¿te enteras?

Por esta palabra comenzaban ordinariamente las revoluciones de Juan Francisco; le reprendían porque había perdido el pañuelo, porque se había desgarrado el pantalón, por su negligencia en aprender, ó por su exagerada inclinación á las golosinas, concluía siempre invocando su independencia. La experiencia no le había hecho conocer todavía la necesidad de la sumisión, y todo cuanto le contrariaba lo miraba como un atentado á su liber-

tad; esta necesidad de no obedecer mas que á sus propios deseos, le empeñaba en combates que le quitaban su reposo y su alegría, pero lejos de achacarlo á su falta de docilidad, acusaba la tiranía de los maestros, y no veía en los tormentos de la lucha mas que una escitación continua para conquistar su libertad.

Su hermano Pablo mas apacible, hubiera aceptado sin mucho esfuerzo la obediencia, pero se asociaba á las insurrecciones de su hermano por imitación.

Cuando oyó que Juan Francisco invocaba su independencia á propósito de la clase de don Jacinto, comprendió que iba á suceder la hostilidad mas completa contra el latín, y poniendo sobre el muelle los libros que ya había colocado debajo del brazo, esperó la declaración de la guerra.

No tardó mucho en verificarse. Juan Francisco volvió la cabeza hacia el camino que conducía a la clase y dijo con resolución despreciativa.

—Traduzcan élogos en buen hora; yo tengo precisión de respirar el aire libre, Pablito, y quiero ver el ejercicio de fuego de aquella corbeta.

—Veamos el ejercicio de fuego, dijo Pablito con un tono de indiferencia filosófica.

—Don Jacinto puede enfadarse si quiere, añadió Juan, tanto caso haré de su cólera, como de una bolsa sin dinero; en cuanto a nuestro tío, si quiere quitarme de un todo la libertad empapeleré mi prision con las hojas de Virgilio, de Ciceron y de Cornelio Nepote.

—Lo mismo podrás hacer con las hojas de mis libros, respondió el jorobado tranquilamente.

—Vamos mas adelante, dijo Juan Francisco, y veremos mejor, y cuando la corbeta haya terminado su ejercicio iremos a la playa a coger cangrejos para meterlos en los bolsillos de don Jacinto.

Pablo asió la correa que ataba sus libros, poniéndolos sobre su joroba a manera de mochila, y siguió tranquilamente a su hermano.

—Nuestros camaradas, decía Juan riéndose, estarán ahora tan ocupados sintiendo las bellezas de los hablarios absolutos; yo me mofa de la gramática, de la sintaxis... y hasta de don Jacinto. No hay placer mas grande que el de la libertad.... Nosotros, vamos a divertirnos hoy, como se divierten los hombres, Pablito.

—Divirtámonos como se divierten los hombres, respondió éste con indiferencia.

En este momento pasaba una media docena de marinerillos ó grumetes, y al ver a Pablo se detuvieron riéndose.

—Mirad, dijo uno de ellos señalando al jorobado: mirad una embarcacion construida de un modo bastante original; lleva el cargamento en la popa.

—Es un fraude; dijo otro; es que lleva un papel con azucarillos de contrabando entre las dos espaldas.

—Sigán vds. su camino, canallas,

dijo Juan Francisco que no pudo sufrir se mofasen del defecto natural de su hermano Pablito.

Los grumetes le miraron.

—Perdon, dijo el mas alto quitándose el gorro encarnado; ¿se le ofrece alguna cosa al caballero? ¿En qué quiere que se le sirva? ¿Que prefiera mejor, un puntapie ó un puñetazo?

—Tómale tú mismo primero, exclamó Juan aplicando a la oreja del grumete un resonante bofetón.

El marinerillo retrocedió aturdido, pero volvió de pronto furioso sobre Francisco quien le recibió vigorosamente. Por un impulso natural, Pablito se lanzó en socorro de su hermano; cogiéronle dos grumetes y se empeñó un combate general.

Aunque el número hacia la lucha desigual, la agilidad y la fuerza de Juan Francisco tuvieron mucho tiempo indecisa la victoria; mas últimamente, los transeuntes se interpusieron y obligaron a retirarse a los grumetes; pero los dos hermanos quedaron en muy mal estado, y viendo a sus pies los libros rotos y deshojados.

—Esto se llama un lance divertido, dijo Pablo frotándose el brazo.

—¿Para qué se han mofado de nosotros? exclamó Francisco desesperado. ¿No pueden ellos ser tambien mañana jorobados? Que vengan otra vez, y les haré ver a puñetazos que son unos collones deslenguados. Yo no sufro tiranías; yo quiero ser independiente.

Pablito sabia que su hermano tenia razon en responder así. Se sonó, se limpió la boca que tenia llena de sangre, y comenzó a recoger las páginas de sus clásicos que andaban por tierra.

Juan Francisco le ayudó a reunir las, y ambos bajaron a la playa; pero cuando llegaron, la corbeta habia vuelto a anclar, la mar habia dado principio a la creciente y los cangrejos habian desaparecido. Despues de inútiles esfuerzos por buscar cangrejos, fue preciso resignarse a entrar en casa sin haber disfrutado ninguno de los placeres que se habian prometido.

(Se continuará).

HISTORIA NATURAL.



EL TIGRE.

En la categoría de los animales carnívoros, el león ocupa el lugar más preferente; pero después le sigue el tigre: este es el más maligno de todos los animales: el león es fiero, forzado, pero noble y clemente; el tigre es vil, implacable y se complace en hacer daño aunque esté repleto; su furor no conoce mas treguas que el tiempo que necesita para armar su emboscada, acomete a los animales domésticos, á los fieros, y á veces se atreve á medir sus armas con el mismo león.

El tigre es largo de cuerpo, de piernas cortas, su cabeza desnuda, los ojos feroces, y su lengua de color de sangre siempre fuera de los fauces,

manifiesta los caracteres de su villana perversidad, de su crueldad insaciable. Todo su instinto no es otra cosa que una rabia constante, un furor ciego que nada conoce, que nada distingue, y que le hace muchas veces devorar á sus propios hijos y despedazar á la madre cuando esta los quiere defender. «¡Ojala, dice Buffon, que esta sed de sangre llegase en él hasta el esceso! ¡ojala no pudiese saciarla, sino destruyendo en su nacimiento la raza entera de los monstruos que produce!»

Por fortuna, cuando este célebre naturalista escribía, la raza del tigre era poco numerosa, y si hemos de dar crédito á muchos de nuestros naturalistas contemporáneos, se ha estinguido ya completamente, no quedando mas que onzas, panteras y leopardos, con cuyos animales tiene el tigre una

notable semejanza, y da lugar á que se le confunda con aquellas fieras, que por eso no dejan de ser de tan mala condicion y de tan malignos instintos. Pero suponiendo que aun subsista, diremos que el tigre frecuenta las riberas de los rios, porque necesita beber muy amenudo para templar el ardor que le consume. En estos sitios es donde el tigre multiplica su carniceria, pues abandona los animales que acaba de matar para degollar otros; parece que solo desea beber su sangre: con efecto, la chupa y se embriaga con ella; y cuando les abre y despedaza el cuerpo, es para introducir en él su cabeza y tragar á boca llena la sangre cuya fuente acaba de abrir, y que casi siempre se agota antes que su sed se vea saciada.

Cuando caza algun animal corpulento, como un caballo ó un búfalo, nunca aguarda á devorarlo en el mismo parage que le caza, sino que como el gato se lleva su presa á un lugar oculto, donde no pueda ser inquietado por nadie, con el objeto de saborear á su placer la presa cogida.

Para dar una idea á nuestros jóvenes lectores de la fuerza de este cruel animal, insertamos á continuacion algunos párrafos que escribe el P. Tachard, testigo ocular de una lucha entre un tigre contra elefantes.

«Se levantó, dice, una alta empalizada de cerca de cien pies de cuadro; en medio del recinto habia tres elefantes destinados á pelear con el tigre: tenian una especie de gran peto que les cubria la cabeza y parte de la trompa. Luego que llegaron á aquel sitio, soltaron de una jaula, situada en parage retirado, un tigre de tal figura y color, que parecieron nuevos á los franceses que asistieron al combate; porque además de ser mas alto, mas corpulento y mas grueso que los que habiamos visto en Francia, su piel no estaba manchada del mismo modo, sino que en vez de aquellas manchas sembradas sin orden, tenia unas listas largas y anchas, en forma circular, las que principiando desde el lomo se reunian en la parte inferior del vientre.....

«No dejaron suelto desde luego al

tigre que habia de pelear, sino que le tuvieron atado con dos cuerdas, de suerte que no teniendo libertad para arrojarle, el primer elefante que le acometió le dió con la trompa dos ó tres golpes en el lomo, tan fuertes, que el tigre quedó atolondrado y permaneció tendido en tierra sin moverse por algun tiempo; pero luego que le desataron, aunque este primer ataque le habia disminuido mucho su furia, dió un ahullido horrible, y quiso arrojarle á la trompa del elefante que se acercaba á herirle; pero este doblándola diestramente, la defendió con sus colmillos, los cuales presentó al mismo tiempo al tigre, hiriéndole tan oportunamente, que le hizo dar un gran salto en el aire, y dejándole tan aturdido de este golpe que no se atrevió mas á acercarse. El tigre dió muchas vueltas alrededor del palenque, avalanzándose á veces hacia las personas que descubria en las galerías. Después escitaron contra él tres elefantes, los que le dieron tan recios golpes, que volvió á hacerse el muerto y no cuidó mas que de evitar su encuentro. Los elefantes le hubieran muerto sin duda á no haberse dado fin al combate.»

Se conoce en esta sencilla relacion cual debe ser su fuerza y el furor del tigre, que atado con dos cuerdas y solo contra tres elefantes, todavia era bastante formidable para los colosos con quienes combatia.

La tigre pare, como la leona, cuatro ó cinco cachorros; es furiosa en todo tiempo, pero su rabia no conoce límites cuando le roban sus hijos; arrostra entonces todos los peligros y persigue á los robadores, los que viéndose acosados se ven precisados á soltarle uno de sus hijos: la madre se detiene, le coge, le lleva á ponerle en salvo, y vuelve á seguir á los robadores hasta las mismas puertas de la poblacion.

El tigre mueve la piel de su faz, cruge los dientes, brama y ruge como el leon, pero su rugido es diferente.

La piel de este animal es muy estimada en todas partes, principalmente en la China, donde los mandarines militares cubren con ellas las sillas en

que salen en público, y también las emplean en cubiertas para las almohadas de que hacen uso en tiempo de invierno.

Los indios no encuentran inconveniente en comer la carne del tigre que no hallan mal sana ni dañosa.

A este cruel animal siguen la pantera, la onza y el leopardo, tan temibles y feroces casi como el que acabamos de describir.

Nos ha parecido oportuno dar esto; pormenores acerca del tigre, en vista de lo reciente que está el combate, que con uno de estos animales, ha verificado un toro en la plaza de estos espectáculos en Madrid.

Los indios no encuentran inconveniente en comer la carne del tigre que no hallan mal sana ni dañosa.

A este cruel animal siguen la pantera, la onza y el leopardo, tan temibles y feroces casi como el que acabamos de describir.

CUENTOS PARA LOS NIÑOS.

MUGERES CELEBRES.

Luisa Sigea, natural de Toledo, supo la filosofía, y se instruyó tanto en las lenguas latina, griega, hebrea y siríaca, que se asegura escribió en estos cinco idiomas al papa Paulo III. *Ana Caro* compuso varias comedias, que se representaron en público teatro con mucho aplauso. *Beatriz Galindo*, natural de Salamanca, y camarera de la reina Católica doña Isabel I, supo con tanta perfección la lengua latina y la retórica, que mereció ser maestra de esta insigne señora. *Doña Juana Morella*, natural de Barcelona, hizo tan rápidos progresos en las ciencias, que a los doce años de su edad defendió conclusiones públicas de filosofía, las que dedicó a doña Margarita de Austria, reina de España; y supo también teología, jurisprudencia y música. *Doña Catalina*, infanta de Aragón y reina de Inglaterra, desterrada por su marido Enrique VIII, dejó a la posteridad el mayor ejemplo de paciencia y virtud, y las siguientes obras latinas: *Tratado de las lágrimas del pecador*, y *la Meditación sobre los salmos*. Omite otras innumerables, las cuales se distinguieron en todo género de ciencias.

Si se examinan nuestras historias, se hallarán no pocas españolas, que

compitieron en valor con los mayores héroes. *Doña Isabel*, reina de Castilla y Leon, esposa del invicto Fernando el Católico, fué tan valerosa y prudente, que se debe a su esfuerzo, industria, actividad y consejo, la conquista del rico y poderoso reino de Granada; asistía al campo del honor con sus damas, alentaba a los soldados, velaba sobre su conducta; y aun se le puede atribuir la mayor parte en el descubrimiento y conquista de América. ¡Feliz monarquía la que tiene una princesa tan bien ocupada y adornada de tan singulares virtudes! *Isabel Vaz* sirvió en la clase de soldado en la frontera de Tánger; manifestó muchas veces su valor en la defensa de aquella plaza, y falleció en una salida que hicieron los moros en marzo del año de 1647. *Juliana de Cibo*, natural de San Esteban del Puerto, se disfrázó vestida de hombre para buscar a su marido, que se había ausentado por haber hecho una muerte; y después de haber practicado varias diligencias sin efecto, sentó plaza de soldado, y sirvió en la guerra de Granada contra los moros, portándose con tanto denuedo, que habiendo sabido Fernando el Católico que era muger, le concedió una renta vitalicia en atención a sus méritos y señalados servicios.

También son muy dignas de memoria aquellas famosas heroínas natura-

les de Alozaina, lugar situado en la comarca de la serranía de Ronda, distante una legua de la villa de Tolox, cuyo suceso refiere Mármol en su Historia de la rebelión de los moriscos; y es como se sigue: «Habiéndose juntado en dicha villa de Tolox, á cinco dias del mes de julio del año 1570, seiscientos moros de pelea con sus caudillos Alfor, Lorenzo Alfaquí y Jubel, acordaron ir sobre Alozaina, poblacion entonces de 80 vecinos, todos cristianos, lo que ejecutaron en efecto; mas luego que entraron en el lugar, y se entendió que eran moros, empezaron á tocar alarma y á repicar las campanas; y acudiendo el escudero Martín Ginés, que estaba en el campo, entró en el pueblo, y rompiendo una y mas veces por el escuadron de los moros, pasó animosamente adelante y recogió la gente hácia el castillo, donde entraron tumultuariamente las mugeres y niños conducidos por don Inigo Manrique, vecino de Málaga, que se hallaba allí presente; y animando á las mugeres, porque no habia mas que siete hombres, por estar los demás en el campo recogiendo sus mieses, suplieron aquellas animosamente por estos, haciendo el oficio de esforzados varones, y acudiendo á la defensa de los débiles muros con sus sombreros y monteras en las cabezas, vestidas con capotillos, porque los enemigos entendieran que eran hombres; y otras puestas en el campanario no cesaban de tocar las campanas á rebato. Los moros se repartieron en tres partes para acometer á un tiempo: Jubel con dos banderas fué hácia la puerta del castillo, y Lorenzo Alfaquí con otras dos fué á la plaza del Burgo; y la tercera con los de á caballo cercó el pueblo para atajar á los que saliesen, ó viniesen á meterse en él, y dieron tres asaltos, en los que perdieron diez y siete moros que les mataron, y fueron heridos mas de setenta. En esta ocasion *Maria de Sagredo*, viendo caído á Martín Dominguez su padre, de un escopetazo que le habia dado un moro, llegó á él y le tomó un capotillo que traia vestido, y se puso una celada en la cabeza, y con la ba-

llesta en las manos y la aljaba al lado, peleaba como lo podia hacer un esforzado varon, defendió un portillo, mató un moro, hirió á otros muchos á saetazos, é hizo tanto este dia, que mereció que los del consejo de S. M. la hiciesen merced de unas haciendas de moriscos en Tolox para su casamiento.» Finalmente *Maria Pita*, natural de Galicia, se distinguió y adquirió una gloria inmortal en el sitio que pusieron los ingleses á la Coruña el año de 1589. Se estaba capitulando la entrega de la plaza, estando ya los sitiados en la brecha, cuando *Maria Pita* reprendió ásperamente al gobernador; y acriminando la cobardía de la guarnicion, tomó una espada, y dijo en alta voz con ánimo alentado y generoso: *Sigame el que tuviere honor*; y arrojándose á la brecha denodadamente, la siguieron los paisanos y soldados, que á su ejemplo atacaron al enemigo con tanta valentia, que muchos de los ingleses perdieron la vida, y los restantes desampararon el puesto.

Podria citar otros muchos ejemplos de mugeres sabias y valerosas que ha producido la nacion española; pero las nombradas bastan para hacer callar á los estrangeros, y para que nuestras damas puedan formar juicio del mérito de sus gloriosas antepasadas, en los ratos que les deje libres la importante ocupacion del tocador.

Ciceron cuenta que habiendo soñado un pobre hombre que comia un huevo fresco, fué á consultar al intérprete de los sueños, quien le dijo que la clara significaba que tendria pronto plata, y la yema que tendria oro. La casualidad hizo que al poco tiempo el del sueño heredase de un pariente, que le dejó en efecto su caudal en monedas de ambos metales. Agradecido al oráculo, fué á verlo le refirió la aventura, y le regaló algunas monedas de plata. «Te felicito por la fortuna; le dijo el intérprete y me doy por satisfecho en cuanto á la plata; pero me debes la recompensa del oro.»